

* EMILIA PARDO BAZÁN, *SAN FRANCISCO DE ASÍS (SIGLO XIII)*, ESTUDIO CRÍTICO DE JOSÉ MANUEL GONZÁLEZ HERRÁN, EDICIÓN DE JAVIER LÓPEZ QUINTÁNS Y APÉNDICES DE CRISTINA PATIÑO EIRÍN, SANTIAGO DE COMPOSTELA, EDITORIAL ALVARELLOS-CONSORCIO DE SANTIAGO, 2014, 773 PP.

Uno de los primeros libros que Emilia Pardo Bazán dio a la imprenta fue *San Francisco de Asís*, quizás el que mayor y mejor fama reportó a su autora. Editado por vez primera en 1882 en Madrid, por la Librería de Miguel Olamendi, fue reeditado en París por Garnier en 1886 con prólogo de Menéndez Pelayo, y en 1903 formando parte de sus *Obras completas* (tomos 27 y 28). Y aun cuando se hicieron algunas ediciones (en Latinoamérica –México, Argentina–) y reediciones (París, Madrid) posteriores, quedan ya muy lejanas en el tiempo, por lo que se hacía necesaria una nueva edición como la presente.

En ella han intervenido tres expertos conocedores de la vida y la obra de la autora coruñesa e integrantes del proyecto de investigación “Emilia Pardo Bazán”: los profesores José Manuel González Herrán, Cristina Patiño Eirín y Javier López Quintáns, lo cual supone ya una garantía de buen hacer tanto en las cuestiones de edición (de las que se ocupa López Quintáns) como en las de historia e investigación en torno al texto (que aborda González Herrán en el “Estudio crítico”) y documentos anexos (que presenta Patiño Eirín en los “Apéndices”).

González Herrán documenta en la introducción el largo proceso de preparación y redacción del *San Francisco* entre 1878 y 1881, apoyándose en el fragmentario *Diario de mi vida* y en algunas cartas de doña Emilia y de Gumersindo Laverde a Menéndez Pelayo. También se refiere a la recepción y difusión del texto, especialmente entre los círculos católicos, que se vio favorecida por el prólogo de Menéndez Pelayo a la edición de 1886, dirigida al público lector americano.

López Quintáns se ocupa de las cuestiones textuales y explica su opción por el texto de la edición de 1882, que ha cotejado con las de 1886 y 1903, publicadas en vida de la autora: no hay sustanciales diferencias entre ellas pero sí cambios de estilo, por lo cual la primera edición es una muestra representativa del primer estilo pardobazaniano.

Patiño Eirín, para cerrar el volumen, publica una interesante “carta-prólogo” inédita, firmada en octubre de 1878, que Pardo Bazán escribió como prefacio para el libro pero que no llegó a publicar; se incluye también en apéndice la conferencia inédita “San Francisco y la guerra”, que, por azares de la edición, apareció antes en un artículo publicado por la misma investigadora en la revista *La Tribuna* (“San Francisco y la guerra. Una conferencia inédita: más sobre el franciscanismo de Pardo Bazán”, 2012/2013, nº 9, pp. 75-120); este último texto no parece que se publicara en vida de la autora pero sí fue

leído en la Asamblea anual de la Orden Tercera, en enero de 1917, en la iglesia madrileña de San Fermín de los Navarros.

“Obra inclasificable”, en opinión de Patiño Eirín (“San Francisco y la guerra...”), ha sido tildada a menudo de *biografía* (Vicente González Martín, *San Francisco de Asís en la literatura hispánica contemporánea*, Salamanca, Universidad Pontificia, 1985), pero también de *narración biográfica* (marqués de Molins, “*San Francisco de Asís (siglo XIII)* por doña Emilia Pardo Bazán”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo X, 1887, pp. 31-41), *biografía novelada* (Belén Lozano Sañudo, “Los poemas de Verdaguer dedicados a la figura de San Francisco y su traducción al castellano, obra de Luis Guarner y el hermano franciscano Juan Bautista Gomis”, en AA.VV., *La labor de traducción de los franciscanos*, Madrid, Editorial Cisneros, 2013) y *biografía histórica novelizada* (Rebeca Sanmartín Bastida, *Imágenes de la Edad Media: la mirada del realismo*, Madrid, CSIC, 2002, pp. 294-305).

El *San Francisco de Asís* “es a un tiempo la vida de un santo, la síntesis histórica de su época y de otras muchas anteriores, la crónica abreviada de su Orden y la reseña rápida, brillante y animadísima del arte, de la filosofía y de la literatura durante el periodo más interesante de la Edad Media”, como atinó a describirlo Menéndez Pelayo en el prólogo a la edición de 1886. Es una obra ambiciosa, ya que no solo trata sobre San Francisco sino también sobre su tiempo; amplitud de contenidos que, en opinión de González Herrán, explica sus aciertos y limitaciones, su vigencia en algunos aspectos y su obsolescencia en otros. También es una obra muy documentada, ilustrada con multitud de notas y con diversos textos franciscanos: de “libro erudito” lo tilda el citado investigador, que señala que maneja doña Emilia un centenar largo de autores y títulos. Todo ello probablemente fue determinante en la estimación que le valió a la autora la publicación de este libro; y es que, como dice Menéndez Pelayo en el prólogo a la edición de 1886: “Su literatura [...] no se puede medir con otros criterios que con los que aplicamos a la literatura más varonil y entera. Huelgan aquí de todo punto los eternos lugares, comunes, obligados en todo estudio acerca de mujeres literatas”.

La obra tuvo una excelente acogida entre los contemporáneos que la consideraron “uno de los libros modernos más bellos de la literatura castellana”, en palabras de Menéndez Pelayo, quien animaba a la autora a seguir por la senda emprendida y no se explicaba bien cómo había podido continuar después doña Emilia su escritura por otros derroteros: “Es moralmente imposible que la hija de Ozanam pueda ser por largo tiempo y de buena fe la apologista fervorosa de Zola y de los Goncourt. No hay amplitud de criterio literario que baste a aunar en sí términos tan contradictorios”. Para él Pardo Bazán no es más “que la autora del San Francisco”, una denominación que hizo fortuna porque, después de 1886, es frecuente que se aluda a la escritora con este marbete.

Tampoco faltaron detractores del libro como Antonio de Valbuena y Francisco de Icaza, que discutieron acerca de la prelación de la obra de Pardo Bazán en relación

con las previas de Montalembert (*Histoire de Sainte Elisabeth de Hongrie, Duchesse de Thuringe (1207-1231)*, 1836) y Ozanam (*Les poètes franciscains en Italie au treizième siècle*, 1852) y la posterior de Sabatier (*Vie de Saint François d'Assise*, 1893), según ha señalado Patiño Eirín ("San Francisco y la guerra..."). Con respecto a esta última no hay discusión posible, porque es posterior a la de doña Emilia; sobre las dos primeras, Menéndez Pelayo señala en 1886 su influencia sobre el *San Francisco de Asís*, aunque añadiendo de modo rotundo: "ni siquiera la vecindad de los nombres de Ozanam y de Montalembert pueden menoscabar en nada el precio y la estimación de este libro".

El *San Francisco de Asís* abrió en la obra literaria de Emilia Pardo Bazán una fértil veta que dio sus frutos andando el tiempo, ya que el franciscanismo constituye uno de sus motivos recurrentes, como ha estudiado Cristina Patiño ("Acerca del franciscanismo de Pardo Bazán", en AA.VV., *Homenaje a Benito Varela Jácome*, ed. de Ángel Abuín et al., Ediciones Universidad de Santiago de Compostela, 2001, pp. 455-475). Fue Luis Araujo Costa uno de los primeros en referirse a esta condición de la obra de doña Emilia:

El franciscanismo de doña Emilia, perenne en cada una de sus obras y manifestado con su actitud en cada uno de los géneros intelectuales y literarios a que se consagró la autora, adquiere en estos cuadros religiosos vigor y brillo extraordinarios. ("Prólogo" a *Cuadros religiosos*, Madrid, Blass, 1925).

Y uno de los primeros en definirlo:

El franciscanismo es ante todo amor a la naturaleza, como trasunto de la hermosura divina; platonismo filosófico; futilidades a estilo de Dunsio Escoto; misticismo como el de San Buenaventura; afán del colorido a la manera de Giotto y Fra Angélico; comprensión y afecto hacia los humildes, sin tener asco de sus miserias; sentimiento muy vivo de lo bello; prurito de unidad; prioridad de la voluntad que ama sobre el entendimiento que conoce; realismo de las ideas según las doctrinas de Platón... y algunas otras características en idéntico tono. (Luis Araujo-Costa, "La condesa de Pardo Bazán novelista y cuentista", *La Época*, 22 de abril de 1929, p. 3).

Lo cierto es que la veta franciscana está presente en la conferencia "Los franciscanos y Colón" (1892), en los *Cuadros religiosos* (*Blanco y Negro*, 1900-1901; ed. en libro 1925), en cuentos como "La borgoñona" (*La dama joven*, 1885; *Cuentos sacroprofanos*, 1899), "El rizo del Nazareno" (*Cuentos sacroprofanos*) y "El cinco de copas" (*Cuentos nuevos*, 1894), en novelas como *La Quimera* (1905) y en libros de viaje como *De mi tierra* (1886), *Mi romería* (1888), y *Por la Europa Católica* (1902), e incluso en "Las leyendas que nunca escribió Emilia Pardo Bazán (un desconocido proyecto de juventud)", estrechamente relacionadas con la documentación manejada para el *San Francisco de Asís*, como ha demostrado Ana Freire (2004). Hay en este franciscanismo mucho de personal, por la admiración que doña Emilia sentía hacia el santo de Asís que le lleva hacerse miembro de la Orden Terciaria en 1915.

Del éxito del *San Francisco* cabe juzgar por su recepción en la posteridad; así, la obra se utilizó a menudo como referencia para el estudio de la vida y la obra del Santo, en particular con motivo de la celebración del séptimo centenario de su muerte, que alcanzó a todas las manifestaciones artísticas y literarias, incluso al cine (Belén Ruiz Garrido, “Cultura franciscana contemporánea. La conmemoración del VII Centenario de la muerte de San Francisco de Asís (1226-1926)”, *Baetica. Estudios de Arte, Geografía e Historia*, 27, 2005, pp. 61-78). Así, varias de las conferencias pronunciadas a partir de 1926 para conmemorar el evento citan entre sus fuentes fundamentales el libro de Pardo Bazán, entre ellas las del marqués Paulucci de Calboli sobre “San Francesco nel pensiero italiano”, Antonio Goicoechea sobre “La influencia de la doctrina franciscana en el pensamiento contemporáneo” y Blanca de los Ríos sobre “San Francisco de Asís y las fuerzas renovadoras del amor”, todas ellas recogidas en *Curso de conferencias acerca de la personalidad de San Francisco de Asís, organizado con ocasión del VII Centenario de su muerte* (Madrid, Editorial Ibero-Africano-Americana, 1927). Asimismo, el libro del P. Samuel Eiján *Franciscanismo Ibero-Americano en la Historia, la Literatura y el Arte* (Barcelona, José Vilamala, 1927) incluye numerosas citas tanto del *San Francisco* como de “Los franciscanos y Colón” y otros textos franciscanistas de la autora, que se utilizan como fuente con arreglo a un criterio de autoridad; en el capítulo que se dedica en este volumen a San Francisco en la Literatura se menciona como figuras literarias sobresalientes de la reacción franciscanista las de Menéndez y Pelayo, Jacinto Verdaguer, Emilio Castelar y Emilia Pardo Bazán; y el capítulo sobre el franciscanismo en el Arte utiliza también a menudo el libro de doña Emilia como fuente.

La importante presencia del franciscanismo en la literatura española contemporánea apenas ha recibido hasta el momento atención crítica, si exceptuamos el libro de González Martín citado, en el que, por supuesto, se cita la obra de doña Emilia. Algo más de interés ha suscitado la cuestión de la santidad, a juzgar por la bibliografía de los últimos años, en que se han publicado estudios de cierto calado como los de Kathy Bacon (*Negotiating Sainthood. Distinction, Cursilería and Saintliness in Spanish Novels*, Oxford, Legenda, 2007) y Denise Dupont (*Writing Teresa. The Saint from Ávila at the fin-de-siglo*, Lewisburg, Bucknell University Press, 2012). La santidad en la narrativa de Pardo Bazán ha recibido también alguna atención (Ángeles Ezama, “Santidad, heroísmo y estética en la narrativa de Emilia Pardo Bazán”, en AA.VV., *Actas del I Simposio Emilia Pardo Bazán: Estado de la cuestión*, A Coruña, Real Academia Galega, 2005, pp. 233-258), sobre todo en la novela *Dulce Dueño* (Pau Pitarch, “Las armas del martirio, una lectura del misticismo en *Dulce Dueño* (1911) de Emilia Pardo Bazán” en AA.VV., *Las hijas de Eva: Historia, tradición y simbología*, Málaga, CEDMA, 2006, pp. 183-195; Alba del Pozo García, “Quiero ser santa: misticismo y decadencia en *Dulce Dueño* de Emilia Pardo Bazán”, en AA.VV., *La tinta en la clepsidra: fuentes, historia y tradición en la literatura hispánica*, Barcelona, PPU, 2012, pp. 255-264). Ambas cuestiones están vinculadas porque, como señala André

Vauchez (*La Sainteté en Occident aux derniers siècles du Moyen Âge d'après les procès de canonisation et les documents hagiographiques*, Rome, École Française de Rome, 1981), los franciscanos desempeñaron un importante papel en la evolución del concepto de santidad al establecer un modelo evangélico basado en el ascetismo, la pobreza y el celo pastoral, en el que la vida y las virtudes son esenciales: el atractivo de San Francisco contribuyó a imponer un modelo de santidad en el que la imitación cristológica tuvo un importante cometido y donde predominaban la humildad, la pobreza y la simplicidad (Jacques Le Goff, *San Francisco de Asís* (1999), Madrid, Akal, 2003).

De modo que Emilia Pardo Bazán realizó una importante aportación a la bibliografía sobre el franciscanismo en un momento de revitalización de los estudios franciscanos, además de otra no menos importante a la cuestión de la santidad. En el fin de siglo San Francisco simboliza las preocupaciones del hombre moderno, como se pone de manifiesto en la atención preferente que le dedica la iconografía; de ahí que se proponga como un modelo digno de imitación, que personifica el cambio de rumbo hacia una sociedad secularizada fundamentada en la fraternidad cósmica, la comunicación con la naturaleza y el encuentro de Dios en el mundo (Belén Ruiz Garrido, "Religión y espiritualidad en el fin de siglo. Iconografías franciscanas en la pintura malagueña contemporánea", *Baetica. Estudios de Arte, Geografía e Historia*, 25, 2003, pp. 35-66).

Pero, además, Emilia Pardo Bazán añadió otra particular aportación que tiene que ver con el ensalzamiento de la santidad femenina, cuestión que también deriva del franciscanismo, como se pone en evidencia en uno de los capítulos más interesantes del libro, el XI, que versa sobre "San Francisco y la mujer". Con tal objetivo escribió la autora sus *Cuadros religiosos* (breves vidas de santas) y cuentos hagiográficos como "La paloma negra" (1893), "La penitencia de Dora" (1897) y "Fausto y Dafrosa", así como otros textos en los que el personaje femenino se construye como el contramodelo de Eva, en una versión moderna en la que esta contrafigura ya no es habitualmente la de la mártir o monja, pero sí la de la arrepentida o eremita (Lina Mascareñas en *Dulce Dueño*), y en la que la santa no hace milagros que prueben su santidad sino que es un milagro en sí misma (Carmiña Aldao en *La prueba*) (León Carlos Álvarez Santaló, "La santidad femenina cristiana. *Eva Scelerata, Felix Eva*", en AA.VV., *Vírgenes, reinas y santas. Modelos de mujer en el mundo hispano*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Huelva, 2007, pp. 263-292). Es la santa moderna, la santa cotidiana en el estilo de San Francisco de Asís y en el de muchas heroínas galdosianas (Denah Lida, "Galdós y sus santas modernas", *Anales Galdosianos*, X, 1975, pp. 19-39; Ángeles Ezama, "Santidad, heroísmo...")

Otra cuestión primordial suscitada por el franciscanismo es la del pacifismo, que conoce su edad de oro entre 1889 y 1914. A ella contribuyó Pardo Bazán con su conferencia "San Francisco y la guerra" en la que afirma que "nos encontramos en el momento en que la influencia de San Francisco, donde quiera, es más activa y visible" y que "Este espíritu contrario a las colosales guerras a las guerras que arrasan [...] forma

parte de la obra duradera, de la obra eterna de San Francisco”, asociando a esta tarea a las mujeres:

El franciscanismo es lo que ha ido, lentamente, difundiendo las normas de la paz, del derecho de gentes, de la piedad, de la compasión, del ejercicio de la caridad [...] como acción colectiva social de tantas otras mujeres que no aspiran a la santidad, y, sin embargo, siguen los pasos de la célica landgravesa de Turingia, a diario, en los hospitales, sobre todo ahora, en este momento positivamente franciscano por que atraviesa el mundo.

Y aunque Pardo Bazán no participó de las asociaciones femeninas de signo pacifista que surgieron a partir de 1867 (Juan Aguilera e Isabel Lizárraga, *De Madrid a Ginebra: El feminismo español y el VIII Congreso de la Alianza Internacional para el Sufragio de la Mujer*, Barcelona, Icaria, 2010), sí adoptó una actitud antibélica y pacifista en muchos de los artículos que publicó desde el conflicto en las colonias en 1896 hasta el periodo de la Gran Guerra. En su crónica “La vida contemporánea. Guerra y paz” (*La Ilustración Artística*, 16 de marzo de 1896) se refiere al movimiento pacifista europeo y afirma que “En España, la idea que preside a tales Ligas, apenas tiene prosélitos; somos poco o nada asociables; pero no vacilo en asegurar que las voluntades y las conciencias, en secreto, están todas afiliadas a la Asociación pacificadora”. En otra de sus crónicas de “La vida contemporánea” (Ibíd., 7 de octubre de 1907), a propósito del Congreso de Paz de La Haya, manifiesta: “Yo miro con simpatía profunda los Congresos de la Paz y todo el movimiento pacifista y de arbitraje”. Con todo, Pardo Bazán se muestra pesimista en cuanto al fin de la guerra: “La guerra, se me figura a mí, es cosa que no ha de acabarse nunca, mientras existan intereses encontrados en las naciones”, y en cierto sentido la asume: “Yo no hago apología de la guerra; pero la considero necesidad natural y no la condeno. Tenemos que aceptar la vida” (“La vida contemporánea”, Ibíd., 24 de abril de 1916).

En definitiva, es este un libro de Emilia Pardo Bazán cuya edición parece más que justificada por la plena vigencia del modelo de santidad que propone, por su reivindicación de la santidad femenina y por su defensa del pacifismo, más necesarios que nunca en el mundo convulso en que nos toca vivir. Por suerte, además, todo ello nos llega en una edición pulcra y cuidada, la edición que a la autora del *San Francisco de Asís* le habría gustado tener entre las manos.

Ángeles Ezama Gil